
RESEÑAS DE LIBROS / BOOK REVIEWS

STEVEN LEVITSKY y KENNETH M. ROBERTS (eds.): *The Resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2011.

Hacia 2009, cerca de dos tercios de los ciudadanos latinoamericanos vivían bajo gobiernos que podían considerarse de izquierda, un hecho sin precedentes en la región que Levitsky y Roberts se proponen analizar, y en la medida de lo posible explicar. El libro se compone de una primera parte de estudios sectoriales (temáticos) y de una segunda de estudios de caso, sobre los países gobernados por la izquierda (Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay), más la excepción de Perú (*The Left Turn that Wasn't*). Se podría haber incluido a otros países menores, o haber analizado la excepción de Colombia, pero el conjunto de estudios es sólido y suficientemente ilustrativo.

El punto de partida es la coincidencia en el giro a la izquierda, pero lo que más ha llamado la atención a los observadores, incluyendo a los autores reunidos en este libro, es la evidente heterogeneidad de la actual y resurgida izquierda latinoamericana. Por una parte, tenemos gobiernos asimilables a la corriente socialdemócrata, como los de Chile, Brasil y Uruguay. Precisamente el autor del capítulo sobre Uruguay, Jorge Lanzaro, ha acuñado para referirse a ellos la denominación “socialdemocracias tardías”. Pero por otra parte tenemos países con enfoques bien distintos: Venezuela, Bolivia y Ecuador, fundamentalmente, son descritos a menudo como regímenes “populistas”.

Levitsky y Roberts, en su introducción, trazan una tipología con cuatro casillas: (1) izquierdas con partidos institucionalizados (Chile, Brasil y Uruguay), (2) izquierda movimientista (el MAS en Bolivia), (3) maquinarias populistas (el peronismo en Argentina y el FSLN actual en Nicaragua), (4) izquierdas populistas (los gobiernos de Chávez en Venezuela y de Correa en Ecuador). La clasificación cumple no sólo una función ilustrativa, sino que también ofrece una explicación del carácter híbrido de los gobiernos de maquinaria populista, y en especial de la peculiar combinación de políticas de derechos regresivas y clientelismo social que caracteriza al gobierno de Ortega en Nicaragua.

Pero, sobre todo, Levitsky y Roberts desarrollan su razonamiento para apuntar a un hecho que puede explicar la diferencia entre las políticas socialdemócratas de los gobiernos de la primera casilla y los populismos incluidos en las casillas 2 y 4. Los partidos de Chile, Brasil y Uruguay vienen de experiencias dicta-

toriales que les han hecho valorar positivamente la democracia representativa y sus mecanismos. En cambio, los actuales partidos de gobierno de Venezuela y Ecuador, y el movimiento-partido gobernante en Bolivia, han surgido ya en condiciones democráticas, y en los dos últimos casos pueden remitirse a experiencias autoritarias “progresistas” en la historia del país. Esto podría explicar su menor respeto por las instituciones democráticas representativas heredadas.

En todo caso, el problema principal que plantea el “giro a la izquierda” de la política latinoamericana es la ausencia de un giro ideológico de los votantes en el mismo sentido. A estudiar esta cuestión está dedicado el capítulo de Jason Ross Arnold y David J. Samuels. La conclusión inevitable de la estabilidad de las preferencias ideológicas de los votantes es que la razón fundamental del giro político ha sido el castigo electoral a los partidos que los ciudadanos identificaban con las frustraciones económicas de la segunda mitad de los años noventa, aunque tales frustraciones fueran consecuencia más del contexto internacional y de los choques financieros externos –desde la crisis asiática de 1997– que de la propia acción de los gobiernos.

¿Por qué este castigo electoral ha dado origen a gobiernos que han desarrollado políticas redistributivas que podemos considerar de izquierda, populistas o no? ¿Por qué Correa está haciendo en Ecuador lo que no hizo Lucio Gutiérrez? ¿Por qué Chávez sí y Rafael Caldera no? La muy razonable explicación que ofrecen Victoria Murillo, Virginia Oliveros y Milan Vaishnav es que la clave está en el *boom* de los precios de las materias primas a partir de 2003, que ofreció un cómodo margen a los nuevos gobiernos populistas o de izquierda para financiar políticas redistributivas. (Se puede recordar que en 2002 Chávez estuvo a punto de ser derrocado, entre otras razones –además de las conspiraciones de la élite venezolana con mayor o menor apoyo exterior–, por la ausencia de políticas sociales como las que pudo introducir desde entonces gracias a los altos precios del petróleo y de la importación de personal especializado cubano.)

Robert Kaufman recuerda el diagnóstico del populismo macroeconómico que hicieron a finales de los años ochenta Sachs, Dornbusch y Edwards, para mostrar que, en cambio, los gobiernos populistas y de izquierda de la década pasada han buscado la estabilidad macroeconómica y han realizado una política mixta con rasgos significativos de ortodoxia. Y concluye que las diferencias entre países probablemente se van a mantener, sin que se pueda prever la convergencia en un único modelo homologable a los de la socialdemocracia. Probablemente tiene razón, pero a la vista de lo sucedido desde el año de publicación del libro caben ciertas dudas sobre la estabilidad de los actuales modelos en países como Argentina y Venezuela. En particular, tras la muerte de Chávez se puede imaginar que su sucesor se va a ver obligado a introducir cambios en el modelo

venezolano, y a hacerlo sin contar con el carisma de Chávez. El futuro, en este sentido, es ahora más incierto.

Jennifer Pribble y Evelynne Huber comparan los desarrollos en política social y redistribución conseguidos por los gobiernos de Chile y Uruguay, subrayando en particular el déficit que en ambos países existe en el campo de la educación, en términos de calidad y, en el caso chileno, además de coste de acceso. Aun señalando las evidentes diferencias en la fuerza de la oposición conservadora en ambos países –reflejada en la victoria del conservador Sebastián Piñera en las elecciones presidenciales chilenas de 2009– y las dificultades internas de la Concertación chilena, las autoras sostienen que ambos países han realizado reformas sociales de alcance universal superiores a los logros de otros países de la región.

Completan esta primera parte un interesante capítulo sobre los anclajes sociales de los partidos de izquierda, por Samuel Handlin y Ruth Berins Collier, un estudio sobre la suerte corrida por los mecanismos de democracia participativa una vez que llegaron al gobierno el PT en Brasil y el Frente Amplio en Uruguay, más una evaluación de la eficacia de los creados durante los gobiernos de Chávez en Venezuela, por Benjamin Goldfrank, y un análisis de la relación entre la izquierda y los derechos de ciudadanía, por Deborah J. Yashar, que bien puede considerarse pesimista o al menos demasiado impaciente.

En la segunda parte, los estudios de caso han sido realizados por Margarita López Maya (Venezuela), Raúl Madrid (Bolivia), Catherine M. Conaghan (Ecuador), Sebastián Etchemendy y Candelaria Garay (Argentina), Wendy Hunter (Brasil), Kenneth Roberts (Chile), Jorge Lanzaro (Uruguay) y Maxwell A. Cameron (Perú). Aunque el propósito del volumen sea explicar y analizar el fenómeno de la extensión de gobiernos de izquierda en la región a finales de la década pasada, es evidente que el libro ofrece en su conjunto uno de los mejores y más completos balances de la situación económica, política y social de Sudamérica en 2010 –con la destacada excepción de Colombia y Paraguay–, y que como tal su interés va bastante más allá de los intereses de los especialistas en la izquierda de la región.

Ludolfo Paramio *CSIC – Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid*

RAMÓN EDUARDO RUIZ: *Mexico: Why a few are rich and the people poor.* Berkeley: University of California Press, 2010.

A principios de diciembre de 2012, pocos días después de su asunción del mando, el presidente Enrique Peña Nieto, anunció una cruzada contra el hambre